



*Memoria
de Alcántara*



ALCANTARA



Año X

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

Núms. 81-82-83

“EXTREMEÑAS”

EL DIALECTO

LA lengua que emplea Gabriel y Galán en sus poesías extremeñas, él mismo con cierta injusticia, la califica de «Jerga». A Mariano de Santiago—uno de sus mejores amigos—le escribe en cierta ocasión ante el temor de que no sea de su agrado «la jerga lingüística de la gente de por aquí, que es graciosísima y pintoresca y expresiva para oírla pronunciar, pero no para escrita y leída con nuestro acento, porque de ese modo pierde su sabor local.

Es indudable que en la poesía influye, y es preciso estudiar, la raza, el paisaje, la estirpe y el lenguaje. Se repite con frecuencia que «El lenguaje, como tal, repercute de modo directo en la formación de la poesía, reacción que se sustrae a la conciencia, pero de la que nos ofrecen testimonio poetas e investigadores».

Al sur de la Sierra de Gata, entre las Hurdes y la Sierra de Hervás, existe un área de pueblos que algunos siguen casi el curso del río Alagón, y, otros más separados, en la que se conserva este dialecto *gatuno*, como son: Puerto de la Villa, Granadilla, Zarza de Granadilla, Guijo de la Granadilla, Santibáñez el Bajo, Montehermoso, Villanueva de la Sierra, Palomero y Santa Cruz de Paniagua. Este fenómeno expresivo y retardatario obedece principalmente, al aislamiento de un terreno frágoso donde la falta de comunicación vital entre dos comunidades próximas es la que determina su alejamiento idiomático».

Las zonas montañosas con relación a las llanuras ofrecen ventajas para la conservación del idioma. Vicente García de Diego señala estas cualidades, y afirma que los grados de vitalidad de cada dialecto, casi siempre, están en razón directa de su aislamiento.

Este dialecto pertenece al grupo leonés. La zona leonesa se va estrechando y diluyendo hacia el Sur, quedando limitada y alcanzando sólo pequeñas áreas y fenómenos sueltos en Salamanca y Extremadura.

Hace ya muchos años presenciarnos, por esta cordillera en dirección a la Peña de Francia, pueblecitos como Miranda del Castañar y Mogarraz, por las Batuecas, en las que la ausencia de carreteras y ferrocarriles, permitieron conservar, a través de varios siglos, hábitos, ajuares, utensilios, arquitectura y una raza vigorosa de tiempos primitivos viviendo sus costumbres arcaicas.

El poeta y profesor Rodríguez Perera, que estuvo de maestro en Santa Cruz de Paniagua, nos decía que las gentes hablaban el mismo dialecto que el de las «Extremeñas» de Gabriel y Galán. Nos contó como anécdota curiosa de *folklore* el baile de la *maná*, en vísperas de boda de los mozos y mozas del lugar. Los hombres, uno a uno, echan un baile con el novio y al acabar lo besa. Las mujeres, del mismo modo, bailan con la novia y al terminar se besan. La fiesta se desenvuelve al aire libre, en la plaza de Santa Cruz. Frente a la Iglesia. Es el motivo coreográfico dispuesto por la costumbre secular para que los novios reciban los regalos de sus familiares e invitados.

Esos días solemnes las mozas con sus refajos y pañuelos calzan las botas para bailar. Santa Cruz de Paniagua está a unas tres leguas al Norte de Guijo de Granadilla.

En este pueblo vivió Gabriel y Galán al casarse, después de abandonar su escuela de Piedrahita, dedicado en cuerpo y alma a dirigir la labor de los parientes de la mujer. Desde que nació en Frades conocía y amaba el campo, sentía predilección hacia el paisaje, dominaba los quehaceres campesinos y supo llegar al corazón de aquellas gentes, sencillas y honradas. El trato diario y su cultura y castellanía, fueron motivo de sus observaciones y aprehensiones de aquel dialecto de la Alta Extremadura.

Es tarea pesada señalar todos los cambios y variaciones de este léxico arcaico y cantarino. El suceso más característico es la mudanza de las terminaciones en *e* para convertirle en *i*: *hombri*, *arruguis*, *neni*... Esto mismo sucede en el castellano poético de Berceo: *Buscarli*, *contolis*, *fizoli*. En cambio los sonidos de las palabras que acaban en *o* se convierten en *u*: *lindu*, *pintau*, *solu*. Los arcaismos de estos brotes o flecos lingüísticos del antiguo leonés, abundan. G^a de Diego en la parte fonética del leonés observa que la *o* final tiene *o* *u* y *u* normal: paso

El pretérito indefinido de todos los verbos lo contraen de manera especial. En vez de, «dijeron», *dijon*. La *h* aspirada es tan frecuente como en el resto de Extremadura. «Paeci un angelinu de los de la iglesia. «*Encoreti*», en cueros. «*Jatealu*», *Guelvi*. Se pierden algunas sonoras a causa del cierre de las vocales y existen contracciones como *tarma* en vez de «tarama» y abundan los diminutivos en *ino*.

Gabriel y Galán desconoce la fonética y sus estudios y signos representativos, y lo que hace es tratar de reproducir gráficamente con sonidos, utilizando los signos normales de nuestra escritura; pero como no ofrece acotaciones ni utiliza los signos fonéticos (sería además extraño y hasta ridículo hacerlo así al escribir una poesía) no nos damos cuenta ni percibimos claramente el valor de esos.



D. José María Gabriel y Galán, ilustre poeta a quien, con motivo de su cincuentenario, rinde «Alcántara» el más fervoroso homenaje.
(Foto Piñeiro)

sonidos que él quiere expresar en esa escritura hasta cierto punto ordinaria, o mejor no fonética.

El poeta de Frades, buscaba al escribir estas poesías Extremeñas, reflejar lo más fielmente posible los sentimientos del campesino extremeño de aquella área, como luego lo hará Chamizo en la baja Extremadura, y trataba, como un medio más, muy adecuado, de reproducir su manera de hablar íntegramente, es decir, reproduciendo su pensamiento, su vocabulario y *los mismos sonidos*. Este fué el motivo de que a Unamuno le gustara tanto «*El Cristu Benditu*».

Se pueden resumir las características dialectales de las «Extremeñas», a nuestro modo de ver, en la forma siguiente:

- 1.º Aspiración de la *H*, la *J*. y la *S*, finales de palabra.
- 2.º Cierre de la e) i) y de la o) u finales.
- 3.º Abundantes arcaísmos de mucha raigambre en la región donde se escribieron.
- 4.º Vulgarismos propios del lenguaje campesino y rústico.
- 5.º En la aspiración de la *H*. *J*. *S*. se asemeja este dialecto al andaluz y varias comarcas del dialecto leonés y resto de Extremadura.
- 6.º El cierre e) i) o) u es un rasgo típico del leonés.
- 7.º Los vulgarismos y arcaísmos se encuentran con frecuencia en las hablas rurales.
- 8.º Otra característica muy típica de distintas regiones y zonas dialectales extremeñas son *diminutivos en ino*, muy abundantes en los extremeños.

Gabriel y Galán es el hombre elegido para llevar a cabo esta empresa poética dialectal. Su inteligencia superior al medio, lo colocó en una situación predilecta para observar las costumbres, la raza y la lengua en toda su impureza arcaica. Los lazos familiares y el constante bregar con los campesinos y pejugaleros le hicieron fácil establecer esta relación entre el dialecto y la poesía dialectal. Sus pasiones aldeanas, su amor a la justicia y a la defensa de los humildes, fueron también de un valor extraordinario para que vibrase su alma de poeta en tan bellas e ingenuas estrofas, ungido por la gracia de Dios.

LAS POESIAS

No llegan a veinte las poesías extremeñas que conocemos, ni creo que Gabriel y Galán publicase muchas más: «*El Cristu Benditu*», «*Varón*», «*El embargo*», «*La embajadora*», «*El desahuciado*», «*Sibarita*», «*Los postres de la merienda*», «*El desafío*», «*Cara al Cielo*», «*Bálsamo casero*», «*Campos vírgenes*», «*La Cenéfica*», «*La Gedihonda*», «*La fabla del lugar*», «*Plétora*», «*El cantar de las chicharras*», «*A Plasencia*» y «*Las represalias de Pablo*».

La penúltima titulada «*A Plasencia*» es un elogio a la ciudad, escrita en castellano. Sin duda el editor lo incluyó en el grupo, por tratarse de un pueblo extremeño. Y la poesía final, sólo las últimas estrofas son dialectales.

Una de las más populares y, sin duda, una de las más valiosas de todas, por su espiritualidad, es «El Cristu benditu». En Abril de 1899 ya estaba escrita. Le dice a uno de sus buenos amigos: «Para que te entretengas un ratillo te enviaré cualquier día unos versos *extremeños* escritos para mi Jesús. (Los papás somos todos medio tontos con los hijos)». Sabemos que es un canto paternal inspirado en la emoción que produce el primer hijo. En la primera parte siente la desgana de la vida, sin sentido, sin una gran ilusión. El poeta, presa de la melancolía, sube a la Ermita a pedirle al Cristo un remedio para su mal espiritual. Y el Señor le concede, a la mujer del vate, la gracia de la fecundidad y a él el amor paternal.

¡Qué guapo es mi neni!
 ¡Ya no tengo pena!
 ¡Qué güeno es el Cristu
 de la ermita aquella!

Gabriel y Galán era muy buen amigo de Unamuno, a quien visitaba con frecuencia en Salamanca y lo consideraba como a su maestro. Le preparó el poeta por aquel mismo año, «una lista de palabrejas del pueblo» y envióle una de las primeras copias del «Cristu Benditu» que Unamuno le pidió con mucho interés. El rector Salmantino llevó esta poesía extremeña a Madrid, leyéndosela a los críticos y poetas. Causó un vivo entusiasmo entre los oyentes. A Balart le encantó y excitaba después a Gabriel y Galán a que publicase un tomito de poesías. Creyó Unamuno que Balart le pondría el prólogo. Salvador Rueda, fuera de sí, exclamaba:—«¡Eso es poesía, eso y no alquimia!»

Acaso en esta composición, como en todas las «Extremeñas», haya algún descuido retórico en cuanto a medida se refiere. Es un verso libre que sale del corazón con un ritmo de música popular que a los eruditos, por la constancia y sencillez de los temas pudiera parecerles uniforme.

Algo debió indicarle Unamuno cuando Gabriel y Galán, en Enero de 1901, le escribe: «De los versos nada le digo, sino que he escrito y pienso escribir muy pocos en ese lenguaje (jerga le llama en muchas ocasiones el poeta) para evitar monotonías y repeticiones inevitables si se *econtina* en ello. Así me pareció oírsele también a Vd. A los de hoy les parecerán doblemente monótonos, porque precisamente he ido a elegir unos que tienen rima y metros iguales a los del «Cristu Benditu».

En los bailes populares también parece que se observa la excesiva uniformidad. Y es que la poesía y la música popular, encarnan en el alma mística de la persona humana. Son notas que llegan con sencilla expresión de siglos lejanos en una constante repetición, sin variaciones ni modificaciones estilísticas que los espíritus cultos son capaces de enriquecer, añadiendo al fondo eterno y quieto ideas y sentimientos del alma moderna. Además, la reiteración en Arte no quiere decir, sencillamente, repeticiones. Es un fenómeno emotivo

Curros Enríquez y los poetas catalanes alcanzaron un gran prestigio popular y doctoral. El arte, a compás de los ideales políticos regionalistas, ensanchó sus límites localistas propagándose por todo el ámbito regional.

La obra poética de Gabriel y Galán se impuso desde el primer momento. Los críticos señalaron con merecidos elogios su aparición. Agotáronse las ediciones y las Revistas literarias, como «La Ilustración Española» y el «Blanco y Negro», insertaban con frecuencia sus composiciones castellanas y extremeñas. Después se ha ido apagando aquel aplauso convertido en unánime ovación, y las nuevas tendencias estéticas y gustos modernos se han impuesto.

Juan Maragall decía al frente de las «Extremeñas»: «Lector»: He aquí un libro de poesías.

Y no sería menester más prólogo que estas seis palabras si los que solemos llamarnos poetas o críticos no profanásemos cien veces al día el santo nombre de poesía y no te hubiéramos hecho perder el sentido de esta palabra tan grande. Te ofrecemos a cada paso el juego de unas cuantas palabras muertas, arregladas en artificio de embalsamadores de cadáveres, en un determinado ritmo de sonoridad exterior, y te decimos: «Ahí tienes poesía». ¡Mentira! Y tú, por esa funesta docilidad con que aceptas cuanto se te dice en letras de molde, acoges nuestra mentira como verdad, y crees que es poesía, mejor o peor, según exteriormente suena, pero poesía al fin todo lo que se te da bajo tal título. ¿Y quién padece más por ello sino aquel nombre santo? Porque, piénsalo bien, lector: tú lees u oyes recitar juegos de palabras que halagan más o menos tu sentido musical y hasta a veces tu sentido ideal».

Maragall continua su precioso juicio crítico y encarándose con el supuesto lector, le espeta: «Mira; poesía es esto»: Y a continuación reproduce una estrofa de «El Embargo», de Gabriel y Galán.

Y continua el crítico y maestro de la literatura nacional en Cataluña:

«Todo el libro es así, vivo; todo él escrito en ese lenguaje desarrapado, es decir, vivo; escrito en dialecto, como la «Iliada» y la «Divina Comedia»; porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, gusta mucho de brotar en dialecto, y te diré por qué.

«Dialecto, según el clásico sentir es la corrupción de una lengua; pero, si bien lo piensas, dialecto es la constante germinación de las lenguas en boca del pueblo, que es, como si dijéramos, la madre tierra de las palabras; todas salen de ella y todos vuelven a ella: allí nacen, allí mueren; allí se transforman, se modelan, se combinan y renacen, y se mueven, en fin, en toda la libertad de su naturaleza. El pueblo siempre habla en dialecto, es decir, en libertad, en perpetuo movimiento, y cuando una lengua quiere definirse en una fijeza de perfección y desecha la compenetración de sus dialectos con el pueblo, aquella lengua muere momificada en su perfección. Pues bien: la poesía no es otra cosa que la palabra viva, la palabra palpi-

tando todavía, el misterioso ritmo de un origen divino en la boca del pueblo que es madre tierra. ¿Qué irá a buscar el poeta en las hojas de herbarios de un Diccionario de la Academia? ¿Flores secas bien clasificadas? No; el poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido».

Se pregunta Maragall porqué el poeta que dominaba el castellano literario no había de expresar con igual fuerza el sentimiento de la vida en aquel lenguaje. Y se contesta: «Porque la pasión humana sincera y viva, él la sentía brotar en el ambiente popular que respiraba, en esa lengua extremeña de las gentes sencillas que le rodeaban, de cuya vida él participaba en amor, que es el alma de la expresión humana, de esas gentes para los que él era un padre, que le contaban sus cuitas, que le sometían sus conflictos, que le pedían coplas para sus cantares, que le adoraban...

Tú imaginabas tal vez los futuros clásicos formándose ahora en las peñas de los Mencos, en los sillones de las Academias o en los *Sleepings* del sudexpres de París. No; los clásicos españoles del siglo XX que a mí me parecen descubrir ya, son: Vicente Medina que allá en un rincón de Murcia canta el alma murciana en su dialecto, y este José María Gabriel y Galán, que en el ya glorioso lugar de Guijo de Granadilla compuso el libro de «Extremeñas». Y ¡ay del porvenir de la literatura castellana si sus futuros clásicos son los otros y no estos».

Este momento español de nuestra poesía que describe con tanto garbo la pluma de Juan Maragall, es el instante de más alta estima de la literatura regional que le permite el lanzamiento de vaticinios que no se cumplen. En el ruedo ibérico, tal vez inspirados en las nuevas corrientes artísticas que vienen de Francia, tal vez directamente o a través del poeta nicaragüense, surgen otros cantares de más amplitud, de cantos más universales que consiguen apoderarse de las minorías, que aceptan los nuevos derroteros artísticos. Así surge una serie de nombres: García Lorca, Salinas, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti y otros muchos que modifican y satisfacen el gusto moderno. Así aparece la constelación de primera magnitud: Antonio Machado con su fondo de un humanismo tan profundo y tan personal que enardece el temperamento poético de sus discípulos y seguidores; mientras que los poetas regionales y la poesía dialectal, se van esfumando en la memoria de las gentes, sin que pueda desaparecer. Queda siempre entre las cenizas del rescoldo, una llama imperecedera donde van a refugiarse del frío de las grandes ciudades, un público sano, tal vez provinciano y aldeano que siente el calorillo emocional de aquella sencillez poética nacida al conjuro de Gabriel y Galán en el humilde pueblecito de Guijo de Granadilla. Y no es tan minoritario el número de estos lectores que conservan vivo el antiguo entusiasmo a los que se unen otros nuevos, acaso decepcionados por la oscuridad poética en que se desenvuelven los últimos estilos estéticos, cuando sucedense sin tregua las

ediciones de las «Extremeñas» a lo largo de los años hasta el momento actual.

«Varón» con el inmortal estribillo de «¡Me giedin los hombris que son medio jembras!», es un canto lugareño a la hombría, a la raza y a la tradición. Cómo los padres ven a sus hijos envueltos en las suavidades afeminadas de los nuevos tiempos que van borrando las huellas de la fortaleza y masculinidad de sus antepasados. En los pueblos se lucha con esta oposición en todos los órdenes de la vida, que si las novedades suavizan las costumbres campesinas y los mozos se van distanciando de la rica tradición, se oye a diario las quejas y protestas de los padres y abuelos que tratan de conservarla a todo trance. En estas alternativas de lo nuevo y de lo antiguo, en estos vaivenes entre el pretérito y el futuro, va evolucionando la vida, las costumbres, la moral, con la lentitud que pone en ella el tira y afloja de una sociedad moderna y conservadora, que subsiste gracias a esta armonía de contrarios.

Una nota humana y trágica la da Gabriel y Galán con «El embargo» donde interviene el espíritu de justicia hasta llegar a los más íntimos sentimientos amorosos del hombre, capaces de levantar una tormenta de odios y amenazas contra el juez si fuere capaz de tocar «a esa cama, ondi ella s'a muerto». Con elementos populares de una sencillez formal, refleja el alma y la pasión humana con vientos de tragedia.

La filigrana de toda esta colección de poesías, como una graciosa figura de Tanagra o de Teniers radica en «Sibarita», de una ingenuidad pueblerina, indudablemente inspirada en lo real. Es la gracia cautivadora y breve de los deseos modestísimos de bienestar a que aspira el pobre pejugalero para gozar de la vida material, porque según declara tan sólo me gusta—«que dali gusto el cuerpo». Es el hombre sencillo que aspira al gozo de vivir mejor con los medios que las circunstancias le incitan a su alcance.

«Los postres de la merienda» responden a otra tónica de lo social del poeta. Nacido en un hogar sencillo de la aldea, siente hacia el labriego un cariño de hermano y sufre con él las tristezas y amarguras de un vivir trabajón, espoleado por la codicia y el egoísmo del amor... En un gesto de paciente rebeldía frente a la injusticia del trabajo en el campo penoso, y, entonces, mal retribuido. Es el gesto amargo del desheredado de la fortuna al sentir el bárbaro acicate del poderoso para que trabaje sin conciencia, más y más.

Ahora es el gesto altivo del mozo enamorado que pelando la pava en la rua del pueblo, irrumpen cuatro o seis rondadores:—«que invadieron la calle— donde el mozo le cantaba— cantares a su morena». Desafía valiente el hombre a los «Gamberros» en un gesto de altivez, dispuesto a jugarse la vida por el amor a la mujer. Otro rasgo de la raza expresado en breves estrofas que van caracterizando el espíritu extremeño de este rincón serrano.

Todas las cuerdas del vivir cotidiano y campesino ha pulsado la lira de Gabriel y Galán. Nos parece un tanto monótono ir describiendo todos los motivos de sus composiciones, en las que algunas

de ellas carecen del prístino aliento del *Cristu Benditu*, pero que forman un conjunto original y de una fuerza poética vigorosa.

Esta poesía eminentemente popular coincide con los propósitos de la literatura realista de aquella época al querer amoldar, aún fonéticamente, el lenguaje real al que hablan sus personajes. A pesar de las dificultades de su mismo léxico, acaso ganen en humana representación.

Poseen dramatismo o gracia, emoción pintoresca y valor documental del espíritu costumbrista que arrastraba desde el siglo XIX.

Respecto a la métrica el poeta se toma ciertas libertades. En el *Cristu Benditu* emplea versos de diez sílabas distribuidos a capricho con otros de seis sílabas y parecen aconsonantados; pero en algunos momentos las rimas en *o* y *u* tienen la misma validez fonética.

En el poemita titulado *Varón* sucede igual y adquieren el mismo valor rítmico las terminaciones en *i*, y en *e*. Otra vez se repiten en «El Embargo», estas características.

La Embajadora está compuesta de octosílabos en estrofas de cuatro versos a veces doblados (de ocho). En estas últimas estrofas de ocho riman:

2 - 4 - 6 - 8

3 - 5

1 - 7

Campos vírgenes se desarrolla en estrofas de cinco versos que riman 1.º, 3.º y 5.º, 2.º y 4.º y todos octosílabos.

El cantar de las chicharras tiene estrofas de ocho versos octosílabos. Los tres primeros cortados por un dodecasílabo otros tres octosílabos y remata un dodecasílabo.

«*A Plasencia*», castellana por su lenguaje, tiene estrofas de cinco versos octosílabos y riman 1.º 2.º y 4.º, 3.º y 5.º

Llegamos al límite de espacio que nos hemos impuesto dada la índole literaria de estas cuartillas, sin otras pretensiones que la de unir nuestra brizna de hierba a los magníficos trabajos que verán la luz en las páginas de la Revista «Alcántara», que ha tenido el acierto de ofrecerlas a la memoria de José María Gabriel y Galán con motivo de cumplirse este año los cincuenta de su muerte.

Hay en estas poesías extremeñas, sobre todo, un caudal inmenso de sinceridad envuelto en una forma auténtica y profunda, campesina, humilde, pero al mismo tiempo fuerte, primitiva. Tiene esta música ideal entonada con tosco instrumento, aun por su ancestral fonética, algo de un himno casi prehistórico, ibérico, en donde se cantaba el gozo de la fecundidad—hablo del *Cristu Benditu*—, en este caso el gozo de la fecundidad humana, el haber nacido un hijo; pero se refleja, también, el sentimiento campesino de eterna admiración que siente por la tierra, por su tierra, germinadora y eternamente fecunda, que colma sus esfuerzos al reproducir y multiplicar las semillas que vierte en su seno la mano del hombre.